

2. DIAS COMO DE OJOS RECIEN DESENTERRADOS

“En medio de la expectación que había producido y la espera, el cura hizo a los allí reunidos un anuncio sensacional: los odiados gachupines habían decidido entregar la Nueva España al hereje Napoleón. El reino y la iglesia necesitaban ser defendidos por sus hijos. Como premio a sus esfuerzos en la lucha, los indios y las castas ya no tendrían que pagar tributo personal, y además percibirían sueldo de un peso diario los que se alistaran con todo y caballo y 4 reales los que se incorporaran a la infantería”

NAIPES DE POLVO página 23

El paso al frente había sido dado. Obviamente, Hidalgo y sus pares, no habían dormido discutiendo la logística de lo que el azar disponía que fuese el cura, y no el capitán, quien públicamente y de viva voz llamara al levantamiento armado.

El simbolismo de aquellos primeros volcánicos y tumultuosos días, como de ojos recién desenterrados, es únicamente posible percibir recurriendo a la *mirada intuitiva* para intentar aprehender algo honda significación *ánimica y racial*, la *profundidad* instintiva del sojuzgado mundo mesoamericano repeliendo pero al mismo tiempo *amancebándose* con el espeso estrato impuesto sobre él, a hierro y pólvora, por el *gesto y la mano* venida de ultramar; esa capa, la nutrida por su propio suero daba pie a un proceso cósmico largo y doloroso, que tal vez nunca terminará de lograrse por completo. En estos hechos, en estas líneas aparentemente inconexas, surge el problema propio de la historia, el problema del tiempo: el mundo es la irradiación del hombre como un ser todo.

El fenómeno de aquel momento no solo es un hecho para el entendimiento, sino una expresión del alma; no solo es un objeto sino también un símbolo. El llamado de Hidalgo –no sabemos si en otomí, náhuatl o purépecha, idiomas originarios que dominaba o en castellano- y la reacción de su audiencia india -Dolores era un pueblo de indios- resulta tan simbólico y poderoso como el que podamos apreciar en las más sublimes creaciones artísticas, hasta las menudencias de la vida diaria de México del entonces y del de hoy.

Lo que se diga que se dijo, lo que los historiadores se limitan a abordar como coleccionando datos, nombres, eventos, no expresan per se, su significación profunda, esa que se escapa y oculta a todo análisis causal, pero subyace vital en las diversas cosmovisiones de la población de México de nuestros días, la que en numerosas ocasiones a lo largo de su historia se manifestó *telúricamente*.

Lo que fue, sigue siendo y *será*.

Pie de página numero 43